

# “LOS RETOS CONTEMPORÁNEOS DEL HISTORIADOR”\*

Mauricio Archila Neira\*\*

“Aunque se siguen escribiendo muy buenos libros de historia, son autores con una larga carrera académica. Los historiadores más jóvenes, con pocas excepciones, parecen estarse dejando llevar por voces atractivas de teorías que harían cada vez más irrelevante a la historia, y alejarían el análisis de la búsqueda de interpretaciones amplias sobre problemas centrales de la formación del país” (Jorge Orlando Melo)<sup>1</sup>.

El balance de la reciente producción histórica realizado por Jorge Orlando Melo anota un punto crítico válido pero se equivoca en el énfasis generacional del diagnóstico: “Las nuevas voces” teóricas atraen no solo a los historiadores jóvenes sino también a los más maduros. Los retos, por tanto, no yacen en el cambio de generaciones, por demás necesario, sino en la trayectoria de la disciplina en el país como pretendemos mostrar en este ensayo. Con tal fin, lo hemos organizado en torno a los siete desafíos que, a nuestro juicio, son los más relevantes para la historia en la coyuntura de cambio de siglo.

## 1. LA PLURALIDAD EN LA DISCIPLINA

Es un lugar común en los últimos balances historiográficos hablar del riesgo de la fragmentación del objeto de estudio.<sup>2</sup> Esto supone que en algún momento la disciplina estaba unida o era homogénea, cosa a todas luces discutible. La heterogeneidad o la pluralidad en el estudio del

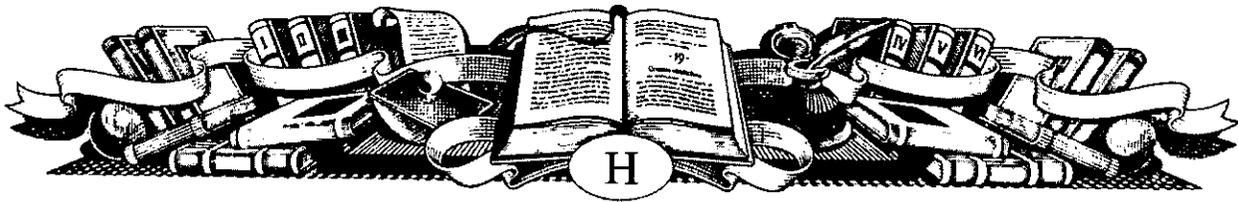
pasado el algo sano y, por tanto, allí no está el riesgo. El problema es pasar de esa pluralidad teórica y metodológica a una situación de superespecialización en la que se pierda el piso común para la comunicación entre los practicantes del oficio. Esto puede ocurrir y de hecho ha pasado. En el XI Congreso Colombiano de Historia realizado en Bogotá en agosto de 2000, asistieron más de 1.800 personas y se estructuró por paneles, es decir grupos pequeños de 5 ó 6 ponentes. Los organizadores nos dimos cuenta de que en algunos casos era tal la especialización de algunas áreas del conocimiento del pasado que era muy difícil el diálogo con otras áreas o incluso entre los participantes de un mismo panel. A eso nos referimos.

El peligro de la superespecialización es que se pierda un lenguaje común que nos permita hablar entre unos y otros. Estamos ante una especie de Torre de Babel dentro de la profesión. Ahora bien, es justo reconocer que eso no solamente sucede con la historia, está ocurriendo también con la filosofía, la sociología y la antropología, para solo citar las más cercanas. Otro tanto se puede decir de las dimensiones del pasado. Aquí, además del riesgo de la superespecialización, está también el descuido de aspectos fundamentales de la historia que por más tradicionales que puedan parecer siguen siendo cruciales para comprender el pasado, como ya lo señalaba Melo en la cita inicial. Nos referimos básicamente a una tendencia muy fuerte de olvidar, por ejemplo, el estudio de la economía o de la política. Mucha gente dice: “bueno, ya se cayó el muro de Berlín y se murió el Marxismo; por tanto, ya dejó de ser importante seguir hablando de economía y de modos de producción, dediquémonos a hablar de brujas o de sectas satánicas”. Pareciera

\* Conferencia pronunciada en el Preimer Encuentro de Historia Regional organizado por el Programa de Ciencias Sociales, Unimag, 2001.

\*\* Profesor, Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.





que la moda de la "nueva era" hubiese entrado también en la historia. En consecuencia, el riesgo está también en olvidar dimensiones importantes del pasado como la economía, la política y la cultura. Por supuesto, ellas no pueden seguirse mirando como estructuras que determinan el comportamiento histórico. Superar la unicausalidad en la explicación del pasado es un paso que hay que dar, pero de ahí a olvidar la economía o la política es otra cosa.

En este terreno se impone asumir el desafío de la pluralidad de los actores y de las dimensiones del pasado, lo que no quiere decir que todos hablemos de todo y de todos. Se requiere que los historiadores, en la investigación y la docencia, traten de apuntar a una historia más plural, en términos de actores y dimensiones del pasado. Debemos intentar superar la supuesta homogeneidad ideal o esencial que la historiografía tradicional nos ofrecía. Ustedes pueden hacer cualquier ejercicio sobre los textos tradicionales para primaria y secundaria, y encuentran que muestran la gestación de esto que se llama Colombia a partir del "descubrimiento" español que nos habría legado la religión, el idioma y una cultura supuestamente superior a la de los indígenas. Y luego mostraban la Independencia como producto de una élite blanca, cachaca si se quiere, centrada en Bogotá y Popayán, aunque también mencionaban a algunos antioqueños y a uno que otro costeño. Esa élite era el modelo de la nación y se supone que todos —blancos y negros, mestizos e indígenas, hombres y mujeres— debíamos imitar a Bolívar o Santander, y de pronto a Manuela Beltrán o a Policarpa Salavarrieta. No

se reconocía, por ejemplo, que hubo mestizos, negros y mujeres participando en las guerras de independencia, o que incluso el mismo Bolívar no era blanco, como lo trata de presentar Gabriel García Márquez en el *General en su laberinto*.

En ese sentido afirmamos la necesidad de romper con ese modelo de homogeneidad cultural e histórica para asumir el reto de una pluralidad, que fue consagrada por la nueva constitución del 91. Ello exige de los historiadores y de los científicos sociales en general, que trabajemos el pasado de la nación a partir de su diversidad cultural. Ese es, entonces, el primer reto: reconstruir historias más abiertas e incluyentes, y por ende menos uniformes y homogéneas. Por decirlo metafóricamente: el desafío es reconstruir historias en las que se oigan muchas voces y no solamente la voz dominante de las élites blancas, coloniales o criollas.

## 2. CAMBIAR LA ESCALA DE ANÁLISIS

No sobra recordar que, si bien los historiadores trabajamos el pasado, vivimos en el presente. Nuestras inquietudes parten de lo que hoy es el mundo, nuestra sociedad. Pues bien, el mundo contemporáneo oscila entre tendencias globales y locales. Hay científicos sociales que dicen que el Estado nación está hoy erosionado porque ha sido sometido a un choque entre tendencias globalizadoras y localistas. En este sentido no es extraño que nuestra mirada hacia el pasado tienda a repetir esa oscilación, aunque con el riesgo de incurrir en el anacronismo. Si bien somos intelectuales del presente y las preguntas

que nos hacemos son contemporáneas, nuestra materia es el pasado y éste es distinto del presente. Están relacionados pero no son lo mismo. Como puede haber algún error al universalizar lo que era local en el pasado, también puede ocurrir que se localice algo que era universal desde tiempos coloniales. Pero el reto que queremos destacar no es el peligro de anacronismo en la reproducción de la tensión entre lo global y lo local. Lo que se quiere resaltar es el cambio en la escala de análisis histórico: de lo macro a lo micro.

Es posible que con este paso se pierdan algunas herramientas explicativas del pasado. Que por reducirnos en la escala olvidemos el contexto de lo que ocurrió. Que por hacer la historia de alguna una bruja, de un cura disidente o de una esclava que realizó prácticas satánicas – temas muy interesantes si se les sabe tratar– olvidemos el contexto en el que esos hechos se produjeron. Era lo que los historiadores de la escuela de los annales llamaban la búsqueda de la historia total. De alguna forma ese era un tema que estaba también presente en los pensadores del siglo XIX como Marx. Nuestro llamando no es a que sigamos haciendo investigaciones de la totalidad, porque además eso es un deber ser imposible de realizar. Difícilmente alguien podría cumplir la tarea de hacer una historia total. Lo más cerca que se estuvo de ese intento fue la obra de Fernand Braudel sobre el Mediterráneo.

Si bien la tarea de la historia total ya no está al orden del día –porque requeriría equipos grandes de investigación, modelos teóricos muy sofisticados, y buena financiación–, la reducción en la escala de análisis preocupa. ¿Por qué? Porque al quedarse el historiador solamente en lo pequeño puede descuidar lo que efectivamente estaba impactando esa unidad micro. No podemos entender al pasado en lo micro sin saber lo que ocurría a su alrededor. Un resguardo en el siglo XVIII, una hacienda del siglo del XIX o una empresa capitalista del siglo XX no pueden ser

comprendidos si no se capta que esas unidades estaban ubicadas en una realidad macro. Lo mismo se puede aplicar a los estudios biográficos y a otras estrategias narrativas que hoy cobran nueva vigencia. A nuestro juicio, uno de los grandes logros de la disciplina histórica construida desde finales del siglo XIX fue precisamente superar aquella idea que tenía el historicismo de estudiar solo lo particular. Lo particular es importante pero si se entiende en lo más general. Todo hecho tiene siempre su contexto. Ese era el segundo reto: asumir una escala pequeña de análisis sin perder una mirada más de conjunto.

### 3. EL PAPEL DE LAS TEORÍAS EN LA HISTORIA

Muchos de los que estudiamos en escuelas tradicionales de historia, lo hicimos con la idea de que el historiador era el empírico y el sociólogo, el antropólogo o el filósofo eran quienes pensaban e interpretaban. El estereotipo era estigmatizar a los historiadores como los ratones de biblioteca y los archiveros mientras los otros científicos sociales eran vistos como los pensadores. Hoy eso no está vigente y se ha roto con ese estereotipo porque definitivamente el pasado no se puede entender sin explicaciones que vienen de las teorías de las distintas ciencias sociales. Obviamente la teoría no explica todo, pero la forma de interrogar el pasado es definitiva y para ello se requiere de teoría o teorías.

En el origen de la disciplina en el siglo XIX hubo una pugna muy grande entre historiadores y filósofos de la historia. Allí ocurrió la ruptura entre quienes asumían la lectura positivista de los datos y quienes pensaban el sentido del transcurrir humano. Hoy ese divorcio no se puede sostener. El final del siglo XX significó la crisis de las grandes teorías críticas de la sociedad construidas en su gran mayoría en el siglo XIX. Nos referimos a las grandes obras de Hegel, Comte,

Darwin, Freud y, por supuesto, de Marx. Pero lo que ha muerto es la Teoría con mayúscula y en singular, que en el fondo no era más que una nueva versión de un dogma religioso introducido en el quehacer científico. Esa Teoría pretendía dar cuenta absoluta de todo. En el lenguaje político de los sesenta se hablaba de "revisiónismo" para referirse a cualquier postura que atentaba contra ese dogma. Hoy habría que valorar más ese revisionismo. Entonces, lo que ha muerto es esa Teoría singular y mayúscula, pero sigue siendo necesario acudir a las teorías.

La tarea, en este terreno, es seguir leyendo a los grandes pensadores que han alimentado el discurso histórico, extrayendo de ellos lo que sea útil para entendernos hoy desde el pasado, criticando y superando lo que sea menester. Hay innumerables ejemplos para ilustrar lo afirmado. Si se toma uno de los textos más inspiradores para el historiador como es *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, escrito por Marx al calor de los hechos que narra, nos encontraremos con una magnífica aplicación del materialismo histórico a procesos concretos. Pero al lado de la magistral lección profesional hay aseveraciones que hoy son muy discutibles. Hacia el final del texto señala el aislamiento de los campesinos franceses por la tendencia a la autosubsistencia, lo que sin duda era cierto. Pero de allí deduce que "no pueden representarse ni ser representados".<sup>3</sup> Es decir, que eran agentes pasivos de su devenir histórico y por ende manipulables por un personaje como Luis Bonaparte. Y para dar esta estocada invoca una metáfora que dramáticamente retrata un desprecio propio de los intelectuales de la Ilustración hacia los campesinos: son como unos bultos de papa.<sup>4</sup> Hoy muy pocos sostienen la supuesta pasividad del campesino.

Podríamos seguir mencionando ejemplos de aspectos críticos de los pensadores del siglo XIX, como la mirada colonial que tenía Marx de la invasión de las tropas francesas de Luis Bonaparte a México. Marx saludó ese acto como un hecho

civilizatorio. Algo similar opinó sobre la presencia inglesa en la India. Pero lo mismo pasa con Freud y su mirada patriarcal criticada por muchas feministas. Hoy no podríamos asumir el Marxismo o la teoría de Freud, sin criticar todos los elementos patriarcales y coloniales, es decir eurocéntricos, que ellas encierran.

El llamado que hacemos no es para que se retomen sin ningún tipo de críticas esas teorías, sino para que sigamos leyendo a los clásicos del siglo XIX y del siglo XX. Pero también para que nos inspiremos en nuevas miradas teóricas para entender mejor el pasado. Ellas, sin embargo, tampoco están exentas de problemas. Un ejemplo ilustrativo es un pequeño artículo que hizo una historiadora norteamericana que conoce el Caribe colombiano, sobre todo la Zona Bananera: Catherine Le Grand. En un libro publicado en inglés, cuyo título se podría traducir como "Encuentros cercanos del imperio", Le Grand pretende hacer una mirada poscolonial de la Zona Bananera.<sup>5</sup> Ella critica la mirada que García Márquez ofrece en *Cien Años de Soledad* sobre la presencia aplastante de la United Fruit Company en la Zona Bananera como si fuera un imperialismo que, por decirlo así, no dejaba respirar a la gente; o una multinacional que transformó no solamente a la economía sino las costumbres de la zona bananera del Magdalena. La perspectiva de nuestro Nóbel tiene una fuerza literaria muy grande y refleja parte de lo que sucedió. Pero Catherine Le Grand la cuestiona y encuentra que lo ocurrido en la Zona Bananera fue un proceso de negociación entre lo que tenía la gente que allí se congregó con lo que traía la multinacional; que la cultura no fue arrasada totalmente y que, por el contrario, tan logró preservarse que la obra de García Márquez es una de sus expresiones. En síntesis, que la dominación ejercida por la United Fruit Company en la Zona Bananera fue moldeada por una negociación entre los de abajo y los de arriba.

A pesar del interesante planteamiento de la profesora Catherine Le Grand, hay también sesgos en su lectura de Macondo. Al enfatizar la negociación para criticar la idea de una dominación aplastante, termina silenciando lo que realmente ocurrió: hubo una multinacional que explotó un recurso natural y no llegó "negociando" sino imponiendo. Es decir, se pone en juego la cuestión del poder, así hoy éste no se puede leer como aplastante. Ese es uno de los problemas de los estudios poscoloniales, por demás difíciles de aplicar literalmente a América Latina. No es lo mismo la India —en donde han florecido estos estudios— que tuvo un pasado colonial en los siglos XIX y XX, y América Latina que fue colonizada en el siglo XV. En la una el colonialismo estaba enmarcado en la expansión imperialista, en nuestro subcontinente el colonialismo ibérico no puede ser caracterizado así. Pero lo que queremos resaltar es que corrientes como los estudios poscoloniales nos ponen a pensar sobre conceptos que manejamos cotidianamente y no hemos cuestionado: conceptos como poder, dominación, colonialismo, imperialismo, hegemonía e incluso, si se quiere, la producción científica. Aunque es difícil hablar de una ciencia propia o latinoamericana, sin duda seguimos siendo muy coloniales en la forma de pensar y de seguir ejerciendo la reflexión académica.

En síntesis el tercer reto no es convertirnos en apóstoles de un nuevo dogma, sea éste los estudios poscoloniales o las teorías posmodernas, sino en reforzar la búsqueda teórica en las investigaciones y, sobre todo, en los programas curriculares de Historia. Allí deberíamos enfatizar más claramente la teoría.<sup>6</sup>

#### 4. PENSAR EL PASADO INTER O TRANSDISCIPLINARIAMENTE

Como ya se dijo, la historia como disciplina surgió en el siglo XIX de una matriz común, difícil de precisar. Por ejemplo, Adam Smith, el

fundador de la economía, nunca fue economista, era profesor de moral. El mismo Marx no fue filósofo, economista, historiador o sociólogo a secas. Estamos hablando de un momento en que en Europa y Norteamérica ciertos saberes se estaban especializando y gestaron disciplinas diferentes con métodos propios. Hoy a comienzos del siglo XXI no es posible entender el pasado solamente desde las herramientas y métodos propios de la llamada disciplina histórica. Sin el diálogo con las otras ciencias sociales y humanas es imposible conocer adecuadamente el pasado. Sin aprender de sus métodos, teorías e incluso de su lenguaje, no comprenderemos enteramente lo que ocurrió. La economía, la sociología, la antropología, la psicología, la ciencia política, la lingüística, la crítica literaria y la filosofía, son disciplinas con las cuales hay que dialogar. Si bien hay diferencia entre lo interdisciplinario —las disciplinas siguen como tal— y lo transdisciplinario —ellas trascienden su terreno—, el reto es dialogar desde el conocimiento propio con las otras ciencias sociales de una forma u otra.

Esto tendría muchas implicaciones pedagógicas. En los programas curriculares de Historia es necesario incluir módulos más flexibles de otras disciplinas. No se trata de hacer la introducción a todas las ciencias sociales y humanas, sino tomar cursos o seminarios en los núcleos de ellas. Ojalá también hiciéramos más investigaciones en conjunto como, por ejemplo, la estructuración de las regiones. Eso podría ser un trabajo muy interesante entre historiadores, sociólogos y antropólogos, que, además, sería un excelente tema de curso inter o transdisciplinario.

#### 5. NO OLVIDAR LA RECONSTRUCCIÓN DEL PASADO

Alguno de ustedes podrá preguntarse "¿pero por qué a un historiador se le va a olvidar su objeto de estudio?" Allí está el riesgo. Primero se debe aclarar que la frase "no olvidarse de reconstruir



el pasado" no significa una crítica a aquellos historiadores que hacen historia del presente, porque el problema no es de tiempo. Estrictamente no hay una noción que pueda decir que el pasado es lo ocurrido hasta hace 10 años. Los gobiernos sí tienen sus normas en la clasificación de documentos oficiales. En Estados Unidos, por ejemplo, se dice que la información clasificada es la producida en los últimos quince años. Cuando se vence el plazo, van sacando esa información a los archivos históricos. El pasado tiene un límite temporal preciso. Pero esas son definiciones políticas que poco tienen que ver con los ritmos académicos. En realidad, lo único que existe es el presente. Lo que vivimos son sucesivos presentes. El futuro no existe, vendrá sí, pero no se sabe cómo vendrá. Y el pasado ya pasó, no existe, lo que quedan son sus huellas. Entonces, el punto crítico no es hacer la historia de épocas más recientes. Evidentemente hay riesgos en ese intento: lo que acaba de ocurrir está muy fresco como para poder tener una comprensión cabal. No hay la distancia suficiente para entender en forma más integral un suceso. Fuera de que faltan datos que todavía no se han recolectado, la explicación sobre lo inmediato es difícil. Esa es tarea de los periodistas y les cuesta trabajo hacerla bien. Pero, el problema no es hacer historia del presente porque además éste siempre va a marcar nuestras búsquedas. Esto tiene que ver con las inquietudes que cada sociedad se plantea y que legítimamente los historiadores recogemos. El problema es más de fondo.

Como lo sugiere Jorge Orlando Melo, ciertas vertientes posmodernas, con argumentos "sofistas" terminan cuestionando la posibilidad de conocer el pasado anulando prácticamente el oficio del historiador. El énfasis en las mediaciones culturales que sufren tanto las fuentes como los historiadores hace que el objeto de estudio se diluya. El riesgo es quedarnos, como dice Lawrence Stone, en una sala cerrada mirando sucesivamente espejos de espejos, sin trascender a lo que hay más allá de ellos.<sup>7</sup> Evidentemente que no

todo lo que se llama posmodernismo produce tal escepticismo solipsista. Las cosas no son tan simples y en esto diferimos también del diagnóstico de Melo. Como lo expresamos en otro ensayo dedicado al tema, las preguntas posmodernas parecen acertadas, en cambio las respuestas no siempre lo son.<sup>8</sup> El riesgo contemporáneo es quedarse en la crítica del conocimiento y convertirla en el objeto de estudio, olvidándose que de lo que hay que conocer es el pasado, en nuestro caso.

El Posmodernismo y su antecesor el Posestructuralismo han aportado a las ciencias sociales la crítica a la comunidad de los científicos en dos planos: los micropoderes que ella mueve y los modelos teóricos que transmite. Algo ya se insinuaba en las consideraciones sobre una historia construida y alimentada desde una perspectiva eurocéntrica. Es evidente que la disciplina no es ajena a intereses coloniales, racistas y patriarcales. La forma como se ha ido elaborando el pensamiento en Europa y Norteamérica tiene sesgos culturales al tratar de plantearse como universal, cuando simplemente es la generalización de una experiencia particular. Con justa razón los historiadores de la India se preguntan ¿por qué no se puede llamar historia universal también a la historia nuestra? La diferencia es que la India no fue un poder colonial o imperial y no pudo vender su historia así. El triunfo de Occidente fue fruto de la expansión del Capitalismo. Y los vencidos pocas veces escriben la historia. Entonces, este tipo de reflexiones son útiles para cualificar nuestro oficio. Pero de ahí a convertir en objeto de estudio la forma como X o Y historiador reconstruye la historia hay un paso grande y grave porque oscurece la preocupación por el pasado. Por eso el reto, por paradójico que parezca, consiste en no olvidar el objeto de estudio.

Ahora bien, alguien puede decir, con razón, "pero profesor, usted hace unos minutos dijo que en realidad el pasado no existía". Esto exige

aclarar el concepto de realidad que estamos manejando. En el trabajo histórico la realidad no es algo que podamos experimentar directamente. Nadie ha postulado que la podemos conocer tal como sucedió.<sup>9</sup> El problema es que entre lo que ocurrió y las huellas que hoy tenemos hay indudablemente una cantidad de ficción. Entonces el trabajo del historiador o del científico social es reconstruir el pasado sin desconocer la ficción. ¿De qué ficción estamos hablando? Puede ser útil volver sobre el caso de las bananeras contado por García Márquez, pero ahora desde otra postura crítica: la de Eduardo Posada Carbó.<sup>10</sup> Este autor afirma que muchos literatos y no pocos historiadores aceptamos la versión (la ficción) del Nóbel sobre la masacre de las bananeras como la "verdad oficial". Puede tener razón, salvo en aquello de la "verdad oficial": ¿Oficial para quiénes?, ¿Quién la consagró como oficial? Pero, el problema de Posada Carbó es que la crítica a la ficción novelada le hace olvidar la nueva ficción que trata de ofrecernos. El dice que hay exageración al hablar de los muertos en la masacre, al mostrar como muy represivo al gobierno de Abadía Méndez, y al secundar a García Márquez en la supuesta "conspiración del silencio" que el régimen conservador habría impuesto sobre dichos sucesos. Aceptemos que hay exageración en las narraciones literarias e históricas, pero el hecho ocurrió. Tal vez no fue la masacre de 1.500 muertos, pero aún los pocos que reconoció el gobierno constituyen una masacre. ¿Eso cómo se llama?, ¿Legítima defensa o, sin eufemismos, simplemente represión? Y por supuesto hubo un intento oficial por ocultar lo que pasó, designese "conspiración de silencio" o "tapar, tapar, contra toda evidencia". Entonces, hay ficción no solo en las fuentes o en los relatos novelados de los sucesos, también la hay en la reconstrucción histórica que en nombre de la rigurosidad termina minimizando un hecho, disculpando un gobierno y ocultando el proceso de creación de las "verdades oficiales" en Colombia. En la búsqueda de la verdad los historiadores tenemos que lidiar con distintas ficciones, pero

no debemos cejar en esa tarea. Sin embargo, verdad no significa consagrar la pretendida objetividad científica. Expliquemos este punto.

El conocimiento que podemos reproducir no es contrastable ni verificable, en el sentido de la experimentación. Lo que producimos son conocimientos parciales y limitados, impregnados de ficción –literaria y política como vimos–, pero son veraces y verosímiles. Nuestra reconstrucción del pasado trata de ubicarse en el terreno de la verdad, no de una Verdad con mayúscula porque el contenido y la forma lo impiden. No solo el pasado ya no existe sino que el historiador definitivamente utiliza géneros narrativos con más o menos ficción, pero le apuesta a un conocimiento veraz. Al contrario del literato que busca producir un placer estético, el historiador debe reconstruir el pasado lo más fidedignamente posible. Y lo hace por medio de las huellas que nos legó el pasado: arquitectónicas, urbanísticas, fotográficas, visuales, auditivas, documentales, por supuesto, pero también orales. El historiador nutrido de las teorías interroga esas huellas para producir conocimiento veraz –en el sentido de fidelidad a las fuentes– y verosímil que tenga credibilidad en las comunidades interesadas en la reconstrucción del pasado, entre ellas la comunidad científica.

En síntesis, el quinto reto consiste en no olvidar la reconstrucción del pasado y en producir conocimiento veraz y verosímil lidiando con las ficciones que se nos cruzan.

## 6. ¿PARA QUÉ RECONSTRUIMOS EL PASADO?

Aunque hay muchas respuestas, a nuestro juicio es porque queremos entender el presente y, de alguna forma, porque no queremos que el futuro sea una simple repetición del presente. Esta segunda parte es más difícil de aceptar, pues implica una dirección utópica que no todos los historiadores aceptan.



Esto nos lleva a un tema relativamente cercano al anterior. El historiador al tratar de entender el pasado parte de sus intereses. Nos alejamos así de la pretendida objetividad que Max Weber le puso como camisa de fuerza a los científicos sociales. Para los historiadores el asunto de trabajar el pasado –“labrarlo”, como dijo Borges– no es llegar a un laboratorio y ponerse una bata para comenzar a hacer mezclas químicas como si en este momento las masacres que están pasando en el país o el fracaso de los diálogos de paz, no influyeran en los temas que se formula y en la manera como los trabaja. Por supuesto que es necesario trascender la cotidianidad del investigador, pero no hasta ocultar los intereses que lo mueven. Más que esconderlos, el reto es hacerlos evidentes. La subjetividad, lejos de ser una vergüenza que haya que esconder, es parte de la reconstrucción del pasado. Nosotros somos sujetos que tenemos intereses, opciones éticas y políticas en el sentido más amplio de la palabra, no necesariamente militantes. Por el contrario, tratar de esconder la subjetividad y los intereses ha sido perjudicial, porque introduce, como vimos, una ficción más difícil de “deconstruir”: la pretendida objetividad científica. Seguir soñando con una objetividad inexistente es una búsqueda tormentosa, además de inútil, y peligrosa si oculta detrás del manto de neutralidad la parcialidad de cada uno. Al hacer explícitos los intereses que mueven al historiador, el lector va a saber a qué atenerse.

Esto nos lleva a un debate más complicado pero necesario. Es importante que los historiadores tengamos una serie de elementos éticos y, si se quiere, políticos en el sentido amplio de la palabra. Tal vez es mejor hablar de intereses públicos más que políticos. Optar por hacer una historia más plural y menos homogénea, con una escala en donde no se pierda la totalidad, implica unas responsabilidades con la sociedad. Los historiadores como todos los científicos sociales y naturales, y los intelectuales en general, somos también ciudadanos y debemos ser responsables con nues-

tra sociedad. Así, en nuestros programas curriculares, más que cursos de ética o cívica, debemos ofrecer también esos elementos de responsabilidad con la sociedad. Esto no implica inmediatez en la escogencia de los temas de investigación o instrumentalización de nuestro saber al servicio de un partido político. Por ejemplo, no todos debemos trabajar la violencia para ofrecerle al país una explicación de nuestro presente. Muchos otros temas son igualmente importantes para entender la Colombia contemporánea.

El punto es que en la formación del estudiante debemos procurar la conciencia de ciudadanía, y esa formación tiene que comenzar desde el aula. La gestación del ciudadano historiador, más que fruto de un currículo formal es resultado de una cotidianidad pedagógica: es hablar pero también escuchar, es permitir la libre expresión de las ideas, y es oír la opinión del estudiante en la determinación del *pensum* y de las cátedras específicas, pero sobre todo es estimular su participación en los cuerpos colegiados de las universidades. Esto implica hacer prácticas democráticas en los escasos espacios en donde ellas se puedan dar. Esto nos lleva al último reto y con él quisiera terminar.

## 7. ¿CÓMO CONVERTIR ESE CONOCIMIENTO DEL PASADO EN PROCESOS PEDAGÓGICOS?

Sin ser expertos en cuestiones de pedagogía y didáctica, reconocemos que es un tema de creciente preocupación. El punto de fondo es cómo salir de los muros universitarios –nuestra torre de marfil– al encuentro del país. No basta con hacer programas curriculares muy abiertos o interdisciplinarios, ni investigaciones de punta, o publicaciones, que por lo general no son muy difundidas. Ni siquiera congresos disciplinarios con amplia participación de estudiantes y profesores de primaria y secundaria.

La pregunta formulada como séptimo reto es otra forma de interrogarnos acerca de qué tanto

estamos formando ciudadanos responsables con su sociedad desde el estudio riguroso del pasado. Vale la pena preguntarse asimismo, ¿qué incidencia ha tenido nuestra producción académica en la sociedad? o, para no ser tan ambiciosos en la pregunta ¿qué tanto hemos afectado el sistema educativo de primaria y secundaria en el área de la enseñanza de la historia? Con seguridad las respuestas muestran nuestra débil proyección a la sociedad. Mientras muchos de los historiadores, con razón, se están cuestionando la veracidad de su conocimiento y criticando el encerramiento de la disciplina o los micropoderes de la comunidad de historiadores, en las escuelas de primaria y secundaria todavía se sigue enseñando historia patria como si no hubiera pasado nada.

Partamos del hecho de que en las universidades, con notorias diferencias, existe un gran abismo entre la academia y la sociedad. Esto no significa que dejemos de pensar críticamente, que abandonemos la investigación de punta o que no publiquemos, pero tenemos que proyectar nuestros conocimientos más allá de los muros de la Universidad. Tenemos que apoyar la construcción de nuevas pedagogías. Aquí también se impone una nueva perspectiva: no es que nosotros somos los únicos que sabemos y los otros, en este caso los maestros de primaria y secundaria, son los que no saben. Se trata de generar conocimiento, de alguna forma, dialógico.

Estos son los retos que resumen, según nuestro criterio, lo que constituye en este momento el desafío de ser historiador en la encrucijada que vive el país. Como señala en reciente entrevista Eric Hobsbawm, la tarea que tenemos en frente no es fácil, pero vale la pena continuarla. A la pregunta de si se arrepiente de su opción historiográfica y política, contesta:

"No lo creo. Sé muy bien que la causa que abracé no ha funcionado. Tal vez no debí haberla escogido. Pero, por otro lado, si la gente no tiene un ideal de un mundo mejor, ha

perdido algo. Si el único ideal para los hombres y mujeres es conseguir la felicidad personal por medio de la adquisición de bienes materiales, entonces la humanidad se convierte en una especie disminuida."<sup>11</sup>

## NOTAS

- 1 "De la nueva historia a la historia fragmentada: la producción histórica colombiana en la última década del siglo", *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. XXXVI, Nos. 50-51, 1999, pág. 184.
- 2 Véanse, además del citado artículo de Jorge Orlando Melo, el polémico ensayo de Jesús Antonio Bejarano, "Guía de perplejos: una mirada a la historiografía colombiana", *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, No. 24, 1997, págs. 283-330.
- 3 Carlos Marx, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Barcelona: Ariel, 1971 (traducción de la segunda edición de 1869), pág. 145.
- 4 La frase textual, según la traducción citada, es: "Así se forma la gran masa de la nación francesa, por la simple suma de unidades del mismo nombre, al modo como, por ejemplo, las patatas de un saco forman un saco de patatas" (ibid., pág. 145).
- 5 "Living in Macondo: Economy and Culture in the United Fruit Company Banana Enclave in Colombia" en Gilbert Joseph, Catherine Le Grand y Ricardo Salvatore (editores), *Close Encounters of Empire*. Durham: Duke University, 1998, págs. 333-368.
- 6 Una anécdota hace visible esta afirmación. Antes de entrar a la conferencia un periodista que me preguntó "¿Cómo definiría usted al historiador?" Entonces yo le dije, "por dos cosas: primero por un manejo suficiente de la teoría y segundo por un gran acercamiento empírico a los archivos." Hace unos años hubiera uno dicho lo inverso y casi no hubiera mencionado a la teoría.
- 7 "Notes: History and Post-modernism", *Past and Present*, No. 131, 1999, pág. 217.
- 8 "¿Es aún posible la búsqueda de la verdad? Notas sobre la (nueva) historia cultural", *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, No. 26, 1999, págs. 251-285.
- 9 Ni siquiera Leopoldo Von Ranke a quien se le atribuye una frase similar cuando en realidad parece que su expresión fue "entender lo que esencialmente ocurrió" (Richard Evans, *In Defense of History*. Nueva York: W. W. Norton, 1999, pág. 14).
- 10 "La novela como historia. Cien años de soledad y las bananeras", *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. XXXV, No. 48, 1998, págs. 3-19.
- 11 Entrevista con Antonio Polito, *On the Edge of the New Century*. Nueva York: The New Press, 1999, pág. 160. La traducción es del autor de este ensayo.

